

El Abencerraje y la hermosa Jarifa

La novela morisca de la que se extrae este fragmento es una de las más conocidas del Renacimiento que se sitúa, aunque fue publicada en torno a la mitad del XVI, a principios del siglo XV.

Reencuentro

Momento del encuentro de los dos protagonistas,
una vez que el cristiano Rodrigo Narváez ha liberado al Abencerraje
para que pueda acudir al encuentro con su amada.

Y diciendo esto, bajó la cabeza mostrando un cierto empacho de haberse descubierto tanto. El moro la tomó entre sus brazos, y besándola muchas veces las manos por la merced que le hacía, la dijo:

—Señora mía, en pago de tanto bien como me habéis ofrecido, no tengo que daros que no sea vuestro, sino sola esta prenda en señal que os recibo por mi señora y esposa.

Y llamando a la dueña, se desposaron. Y siendo desposados, se acostaron en su cama, donde con la nueva experiencia encendieron más el fuego de sus corazones. En esta conquista pasaron muy amorosas obras y palabras, que son más para contemplación que para escritura.

Tras esto, al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse de él, dio un gran suspiro. La dama, no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió a sí y le dijo:

—¿Qué es esto, Abindarráez? Parece que te has entristecido con mi alegría yo te oigo suspirar revolviendo el cuerpo a todas partes. Pues si yo soy todo tu bien y contentamiento como me decías, ¿por quién suspiras? Y si no lo soy, ¿por qué me engañaste? Si has hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas; y si sirves otra dama, dime quién es para que la sirva yo; y si tienes otro dolor secreto de que yo no soy ofendida, dímelo, que o yo moriré o te libraré de él.

Luego le contó todo lo que había sucedido y al cabo le dijo:

—De suerte, señora, que vuestro cautivo lo es también del alcaide de Alora; yo no siento la pena de la prisión, que vos enseñaste mi corazón a sufrir, mas vivir sin vos tendría por la misma muerte.

La dama, con buen semblante, le dijo:

—No te congojes, Abindarráez, que yo tomo el remedio de tu rescate a mi cargo, por-que a mí me cumple más. Yo digo así: que cualquier caballero que diere la palabra de volver a la prisión, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir. Y para esto ponedle vos mismo el nombre que quisierais, que yo tengo las llaves de las riquezas de mi pa-dre; yo os las pondré en vuestro poder; envid de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narváez es buen caballero y os dio una vez libertad y le fiaste este negocio, que le obliga ahora a usar de mayor virtud. Yo creo que se contentará con esto, pues teniéndos en su poder ha de hacer lo mis-mo.

El Abencerraje la respondió:

—Bien parece, señora mía, que lo mucho que me queréis no os deja que me aconsejéis bien; por cierto no caeré yo en tan gran yerro, porque si cuando venía a verme con vos, que iba por mí solo, estaba obligado a cumplir mi palabra, ahora, que soy vuestro, se me ha doblado la obligación. Yo volveré a Alora y me pondré en las manos del Alcaide de ella y, tras hacer yo lo que debo, haga él lo que quisiere.

—Pues nunca Dios quiera —dijo Jarifa— que, yendo vos a ser preso, quede yo libre, pues no lo soy. Yo quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo ni el miedo que he cobrado a mi padre de haberle ofendido me consentirán hacer otra cosa.